

Ariel



J.M. Amilibia

La piel ausente

Crónica del amor que se va

Una arrolladora obra literaria llena de ternura, amor y humanidad

A LA VENTA EL 29 DE SEPTIEMBRE

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

*Material embargado hasta su publicación

Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / easpas@planeta.es

SINOPSIS

A medio camino entre un ensayo novelado y un diario de no ficción, Jesús María Amilibia nos habla, de una manera cercana y desgarradora, del deseo de morir y de vivir. Es una declaración de amor sincera llena de situaciones cotidianas impregnadas de miedo y de dudas. Según palabras del propio autor, *La piel ausente* trata sobre el dolor: “el de ella, mi esposa, que me pide la muerte, y el mío, que no se la puedo dar. Éste es el diario de un cobarde que superó un cáncer y ahora se enfrenta, escaso de fuerzas, al cáncer terminal de su mujer. El diario de un tipo que cree en el derecho de tener una pistola bajo la almohada para pegarse un tiro cuando lo considere oportuno. El diario de un viejo que arrastra las zapatillas por el pasillo viviendo lo que nunca imaginó que iba a vivir. Quiere escribir de todo ello con humor. Aspira a convertir la desesperación en un canto. Quiere recrearlo todo con la asepsia de un cirujano. Pero la realidad le vence casi siempre”.

La obra plantea dilemas éticos de total actualidad tratados de forma directa y sin tabúes. “Kafka le dijo a su médico cuando agonizaba: «Si no me matas eres un asesino». Creo que quiso decir que no matar al que sufre puede ser un crimen. Yo creo que matar al que padece sin remedio posible es un acto de amor”.

EL AUTOR

Jesús María Amilibia es periodista y escritor, autor de más de una docena de novelas y varios libros de humor y periodísticos. Durante su larga trayectoria, ha hecho radio y televisión y ha escrito en numerosos medios de comunicación: en periódicos como *Pueblo*, *Informaciones*, *El Imparcial* y *ABC*; en las revistas *Interviú*, *Hola*, *Diez Minutos* y *Semana*, y en semanarios como *Hermano Lobo*, *Por favor* y *La Codorniz*. Actualmente escribe en *La Razón*.



ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

«Y ahí sigue, echando flemas y bilis, arrojando hasta lo que no comió, en **una situación que tiene que resultarle especialmente odiosa a una mujer que siempre cultivó la elegancia como una forma de vida**. Nada puede herir más su sensibilidad que esta situación repulsiva de vomitonas y cagaleras; a veces pienso que **le hiere más que la propia enfermedad y la muerte**, y le humilla de manera especial que yo esté a su lado, mirándola.»

«La verdad es que **nunca nos hemos querido tanto como en los malos tiempos. Cuando estuve en la cárcel**, cuando salí de la cárcel, cuando perdimos más de lo que teníamos en los **casinos de Biarritz**, cuando nos quedamos sin casa, cuando la operaron de la cadera, cuando se murió *Fanny* (la perra), **cuando me visitó el linfoma B** difuso de células grandes, cuando la quimioterapia que padecí, **cuando llegó su cáncer de pulmón en fase IV**, o sea, ahora mismo, cuando...»

«Creo que casi todos le hemos pedido cosas a Dios sin creer en Dios. He pasado esta mañana por la ermita de San Antonio en mi recorrido matutino, aún de noche, y **le he pedido al Jesús de piedra** que está en el pequeño jardín asilvestrado de la entrada **que me conceda un enorme favor: que Kitty no vuelva a pedirme que la mate**. No lo soporto: me gustaría tener el corazón de mármol de un sicario profesional o considerar el crimen como una de las bellas artes del amor, y no es el caso. En estas circunstancias, **lamento mucho no tener una mente valiente y sin prejuicios** (y decidida) ni amar tan intensamente como para matar. Y lo peor es que tengo la absoluta certeza de que su petición es más que razonable y justa. **Debería ser ley**. No puedo perdonarme la cobardía, la impotencia. Yo le pediría a ella lo mismo en idénticas circunstancias, desde el mismo rincón del dolor, y sé que ella tampoco sería capaz de hacerlo. ¿O sí?»

«Su mayor deseo sería que me fuera de viaje (un largo viaje), le limpiara el culo un ajeno (Marcelo) y **al volver la encontrara convertida en un jarrón chino lleno de cenizas**. Si se le apareciera el genio de la lámpara, le pediría, entre otras cosas, que yo no supiera su sufrir, como dice el bolero.»

«**Está contenta** porque después de haberse rapado al cero lo poco que le quedaba de su pelo rubio (mejor nada que unos mechoncitos de mierda, dijo), ahora **le está empezando a salir una pelusilla blanca**. Lo ve, debe verlo, como un signo de vida, como si resucitaran sus orquídeas. Algo crece en la sabana desolada. Se palpa el poco pelo y sonrío. Como si palpara una leve esperanza.»

«Antes, hace unos días, me dijo sin más:

—**Si me quieres, mátame.**

Al cabo de un rato recuperó fuerzas (era un mal día, se ahogaba, vomitaba) para aclarar que no era necesario que yo hiciera nada:

—**Basta con que dejes la caja de la morfina abierta.** —Y siguió con la vieja letanía: Esto no es vida, es mucho mejor morir, al menos te vas a la nada, y en la nada ya no

sufres, eso dicen; dices todos los días que no quieres que sufra; bien, ayúdame a dejar de sufrir.»

«Descubrí que en la hora de la verdad, **cuando la muerte duerme a tu lado, algunas de tus teorías progresistas de siempre se desvanecen en el instante en que entras en una ferretería y pides una caja de seguridad no muy grande y no muy cara para guardar pastillas de morfina**, sobre todo porque nadie salvo unos pocos (¿los valientes, los coherentes?) quieren ver a su mujer muerta en la cama compartida o en el suelo de la cocina. Conviene engañar y engañarse, parece.»

«Cuando me pide la muerte, **quiero creer que lo hace convencida de que no lo voy a hacer**, que nunca lo voy a hacer. Sabe que no soy capaz, me conoce. Es un desahogo brutal con el que su alma explota cuando no tiene más remedio que explotar. **Es un grito desesperado más que un deseo real, me digo para justificar mi debilidad**, mi cobardía, todos mis miedos. Desear la muerte, pedirla, es en Ketty una forma terrible, patética, de manifestar lo mal que se siente, sus miedos y sus horrores.»

«[...] **No quiero ser tratada como una víctima**. Nunca. Te lo digo a ti, pero antes se lo dije a los chicos.

Los chicos son sus hijos. A ellos les dice, me imagino, lo que nunca me contará a mí o, en todo caso, lo que me contará después. **Hay cámaras ocultas que sólo se abren a los de la propia sangre**. Pero estoy seguro de que jamás le dirá a ninguno de los dos: si-me-quieres-de-verdad-mátame. Ni tan siquiera les dirá: quiero-morirme-ya.»

«El doctor Montero dejó dicho: dale toda la morfina que haga falta, el impacto de la caída tardará en pasar. Lo hago así. **Y después de la segunda dosis, decido dejar la caja de seguridad abierta. Ya está, ya lo he hecho**. Me siento mucho mejor. Quizá mañana me arrepienta y la cierre, pero hoy, ahora, siento una gran paz. Hágase su voluntad.»

«No hay en mi escritura intención de ánimo, remedos de esperanza, bálsamos paliativos. Nada que mitigue la realidad. Tampoco deseo el confort del victimismo y pretendo evitar los solitarios sollozos en el pasillo. **Es un diario para acercarme al dolor y a la vez huir de él. Tocar y comprobar que quema**. Algo así. Yo soy un tipo que una vez se encontró a sí mismo y salió corriendo. No volvamos a las carreras alocadas ni a la conmiseración, me digo.»

«[...] -No me digas que mirarás si luego no vas a mirar, que te conozco, mascarita. Si no lo haces tú, se lo diré a los chicos cuando vengan. Ellos no dicen que mirarán, ellos hacen.

Los chicos hacen, yo sólo soy el tipo que le da las pastillas a su hora, que trae la comida, que hace los recados y limpia, que va de aquí para allá con los cables del oxígeno y que no duerme cuando ella no duerme. No me quejo.»

«¿Qué no perdono de ella? **Lo poco que le han importado mis libros**. No los ha leído todos. Quizá ninguno entero. Una semana después de la entrega del libro recién salido de la imprenta (el primer ejemplar siempre es para ella) me da una palmadita en el

hombro y me dice que está muy bien, o algo así. Y nada más. Ni una observación, ni una alusión a algo que le llamara la atención. [...] Creo que nunca me ha querido decir lo que de verdad piensa: que soy mejor periodista que escritor. **Que lo que tenía que escribir (eso sí me lo dijo una vez o dos) era algo que diese dinero, aunque no me gustara.** Refunfuñó cuando me negué a escribir la segunda parte de *El día que perdí... aquello* (el libro que escribí exclusivamente por dinero en los años setenta: contar cómo habían perdido la virginidad los famosos; fue un éxito) pese a que la editorial me ofrecía un generoso adelanto.»

«Una escritora mexicana, Socorro Venegas, dice encontrar la belleza en la mirada del superviviente, del animal herido. Bueno, allá cada uno en su búsqueda de la belleza, pero yo creo que **en los ojos de los supervivientes (los de Ketty, los míos) y en los de los animales heridos está la derrota, el peso de haberla cagado tantas veces, el escepticismo,** la ausencia de esperanza, esa sensación de que ya te rebota todo en la piel vieja, la resignación (sobre todo la resignación) y el deseo de un final rápido y digno, la máxima aspiración.»

«Llaman de los Servicios Sociales del Ayuntamiento o la Comunidad, no lo sé muy bien, para avisarnos de que vendrán a visitarnos para decidir sobre las ayudas que solicitamos por la incapacidad de Ketty.

—¿En plan inspección?

—Bueno, algo tiene de eso.

O sea, que van a mirar si tenemos cuadros caros colgados en la pared, cristalería de Bohemia y muebles de diseño. Quieren ver nuestras caras ajadas de famosos de otro tiempo. **Nunca he tenido confianza en que nos vayan a dar gran cosa, sobre todo porque no les cabe en la cabeza (se les nota) que dos personas así, tan conocidas, que salimos o salíamos en la tele, puedan solicitar servicios sociales** que otros muchos sí que necesitan realmente. Un sacrilegio.»

«La culpa, siempre la culpa de los que lo vendimos casi todo (los mejores años, el hígado, algunas buenas mujeres) por **unas migajas de fama,** por aquellos orgasmos de vanidad que suponía un reportaje en primera página. Una gloria ínfima por la que dimos la vida. Media vida.

Canallitas de cojones blandos **que nos soñamos estrellas antes de tiempo.**»

«Somos náufragos en medio de la tormenta que nunca nos anunciaron por la tele. Somos eso y, además, poco tolerantes con las desgracias y los jodidos imprevistos que llegan en cadena. En realidad, **cada día que pasa surge un castigo, y nada mejora.** Nos han castigado contra la pared. No acabamos de cogerle el punto a la cosa, **no acabamos de aprender resignación, aceptación y paciencia. Lo llevamos mal, qué quieren.** A mí, más que a ella, me puede la ira.»

«**Lucho por no perder el sentido del humor, mi último escudo.** Quisiera hacer como Keith Richards, que a los setenta y siete años responde cuando le preguntan por su estado después de la última caída: «Fenomenal desde que he tomado la casi firme decisión de dejar de desayunar heroína y alcohol...». Keith, un tipo duro que se ríe del mundo y

de sí mismo. Ralph Waldo Emerson perdía la memoria a chorros y respondía a la pregunta de cómo se encontraba: **«Bastante bien; perdí mis facultades mentales, pero estoy perfecto»**. Y Marx, mi admirado Groucho, dijo en el último homenaje que le rindió Nueva York, después de una gran ovación de varios minutos de lo más selecto de la nación reunido en el Waldorf Astoria: «Cambiaría muy a gusto todo esto por una buena erección».

«Apuntaba Nietzsche que, después del dinero, **la cualidad más importante en una esposa es que fuera una mujer con la que uno pudiera mantener una conversación inteligente en la vejez. Ketty ha sido esa mujer, y ahora se me condena a una vejez sin ella**. Pienso que me esperan largos silencios y un tiempo indefinido de melancolía que ahora mismo veo incurable y que quizá acabe construyendo a mi alrededor un muro difícil de saltar para blindar mi soledad. Que mi soledad sea sólo mía. En realidad, ya empecé a levantarlo hace algún tiempo: **dejas de reconocerte en la gente, ves que ya no tienes nada que hacer entre ella ni con ella, que detestas su ruido y sobre todo su transformación en masa amorfa, su estupidez y nadería**, y sin apenas darte cuenta, poco a poco, vas escondiéndote y sumando sombras a las sombras en tu rincón. Ya dijo alguien, creo que Torrente Ballester, que la peor soledad llega cuando descubres que todo el mundo (yo diría que casi todo el mundo) es idiota.»

«Alguna vez he pensado, ya lo he dicho, que preferiría morir yo antes que ella. No sé si es verdad del todo, y no sé tampoco si no se trata de una preferencia o deseo egoísta, porque **morir antes que la persona amada es dejarle a ella todo el dolor y el vacío, toda la ausencia, todo el rigor del luto; es una mala herencia**. Es, de cualquier manera, ahorrarse el espanto de la muerte del otro.»

«Una de las veces que Ketty me pidió que la matara recordó que yo tenía un revólver. Si me quieres, mátame con tu revólver, me dijo. **Recordaba el arma, pero no el precio que había pagado por utilizarla y que obviamente ya no estaba en mi poder**. A veces la echo de menos: estará dormitando en las estanterías de algún siniestro y sombrío sótano de juzgado o allí donde sea que duerman las pruebas testimoniales.»

«Ahora, sentado en el sofá en el que a veces me tumbo contemplando el techo como si fuera el único cielo que me queda, me digo **si no me habré equivocado, si no nos habremos equivocado todos, por qué no le dije: cariño, no te queda mucho, ¿qué quieres hacer?** Porque ella a lo mejor quería cumplir un sueño, un viejo deseo, despedirse a lo grande o simplemente volver a alguno de los lugares donde disfrutó. Algo que no ha podido hacer por **la maldita esperanza que hemos entretejido** a su alrededor entre todos.»

«Estoy vivo, sí, pero ¿cómo borra uno de su cabeza lo que pasa, la desazón, todos los dolores juntos? **¿Qué hacer para soportar el trance con alguna dignidad, con el necesario y siempre buscado sosiego?** [...] Antes, cuando era un joven solitario que vivía hospedado en una continua mala racha, hacía una especie de clic, caminaba mucho bajo un viejo paraguas negro en la lluvia bilbaína y luego me escondía en un cine con un paquetito de pipas. Escapaba. **Ahora me siento a escribir**. Es el nuevo modo de huida, aunque siempre con las dudas pegajosas de por qué y para qué. Después de algunas

líneas ya no me pregunto nada. El fin está claro cuando tomo velocidad de crucero: escribes por escribir, para escupir como antes escupías las cáscaras de las pipas mientras veías desenfundar a John Wayne o a Gary Cooper. No meteré la cabeza en un horno de gas, como Sylvia Plath. Ésa es una muerte digna sólo para un besugo.»

«Me gusta decir que no creo en nada, que soy ateo político y religioso, pero quizá no sea verdad. Depende del momento. Es algo difícil de mantener todos los días. Y suelo repetir con frecuencia (acaso acabe creyéndomelo) que **el idealismo, la ideología, es una evasión más de la realidad. Puro Disney. Soy un cochino individualista.** No creo en los salvadores.»

«Con Ketty, sin embargo, llevo viviendo cuarenta años. **Ella sí forma parte de mí y por eso su agonía me destroza.** Con ella he vivido gran parte de mi existencia real, y digo real porque lo anterior (la infancia y todo aquello) queda instalado, o eso me parece, es un paisaje neblinoso de cuento lejano. **Ante su muerte sí que me siento verdaderamente huérfano.**»

«**Cree o ha creído hasta ahora en talismanes, piedras de la suerte, velas aromáticas que se encienden para conseguir diversos fines... Y en el tarot, claro.** América, la madre de Alaska, le leía las cartas de vez en cuando. Y Rappel, los posos de café en una taza de porcelana china. Le he llevado una piedra rosa engarzada en metal dorado que tenía olvidada en un cajón con su envoltorio. El prospecto informativo dice que sirve para solucionar o aliviar situaciones dolorosas y de desamparo, y agrega a tan importante función un montón de virtudes curativas, algo así como el paracetamol y la penicilina. Se lo he leído todo, ha sonreído y la ha mantenido en su mano derecha toda la tarde, hasta la noche, cuando la hemos llevado al baño [...].»

«**Todas aquellas juergas que digo añorar, y que en realidad ya no añoro, no tuvieron ningún sentido, no me enseñaron nada;** fueron, una tras otra y durante muchos años, un tiempo perdido y vacío dentro de una burbuja de frivolidad engañosa que perseguía un sueño no muy definido que jamás alcancé. Sólo mucho estruendo inútil, jactancia, mentiras y, al final, melancolía. Resaca. **Fuegos artificiales. Falsos amigos.** Pero quizá ese viaje sea la única forma sensata de morir.»

«**Vivirás por siempre en mi corazón, susurro al paso del cuerpo envuelto en una sábana.** Es casi una oración religiosa o una frase digna de una novela rosa. Juro en este momento que la diré en voz alta cada día durante lo que me quede de vida.»

«El periódico ha sido generoso: una sentida necrológica de Cecilia García y una esquila gratuita. Pero **nuestra soledad en el tanatorio, insisto, es patética, triste.** Ketty fue una de las reinas radiofónicas de la tarde, **estuvo mucho tiempo en la televisión y trabajó en el teatro. ¿Dónde estaban sus admiradores, los personajes y personajillos a los que ayudó,** sus compañeros, los que la paraban por la calle para besarla y abrazarla, los que tanto llamaban a casa en solicitud de favores? No puedo evitar pensar esto, pero enseguida me digo que soy imbécil: ¿cómo es posible que te extrañes? ¿Es que el dolor te vuelve idiota?»

Ariel

Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / easpas@planeta.es